

CELEBRACIÓN DE LOS 350 AÑOS DE HABER NACIDO SOR JUANA INÉS

Juana Inés, conocedora del barroco, del conceptismo y del culteranismo no se dejó llevar por las lentejuelas de la opulencia cuando estaba en juego su saber y sobretodo las ideas centrales que sostuvieron su vida. No jugó a las caricias con el poder. Y fue precisamente una mujer la que puso en su lugar, críticamente, el dominio de los hombres.

Eligió vivir para la poesía cuando por su belleza e inteligencia prístina pudo disfrutar de los laceros para ciegos y los boatos de una excéntrica familia. Que las hubo. Más que inteligencia a ella la poseyó la lucidez. Y desde esa orilla supo mirar las necesarias complacencias en un orden religioso omnímodo y dejar con gracia y belleza cantos para esta o aquella ceremonia.

Sabía del amor por la literatura y las amistades, las querellas, fracasos y juegos que hacían llegar, de una u otra manera, sus ecos al convento. Amiga de la condesa de Paredes era buena oportunidad para enterarse de los secretos que rodeaban a la sociedad virreinal entre púrpuras y jadeantes doncellas, entre viriles adolescentes que acotaban los salones y carruajes.

Cantar al amor en medio de las mojigatas compañeras de hábito no debió serle cómodo. ¡Ay de las sublimaciones de los hábitos que todo quieren ocultar! ¡Que placer lo prohibido! ¡Como no recordar a la encantadora monja portuguesa con sus alardes de lívidos quejidos!

Juana Inés condensa y reconcentra sus pulsiones en la escritura como todo sabio y solitario escritor que sólo conoce el pulcro onanismo (cuando es necesario), digo de aquellos que lo han confesado con fina sutileza en sus obras.

Sor Juana fue estudiosa de la literatura de la lengua española; frecuentó los maestros de todos los tiempos de la tradición grecolatina; fue lectora de filosofía, teología, historia, psicología y ciencias de su época. Sus lectores la reconocieron como una erudita y su gran poema Primero sueño así lo acredita.

Pero su vida corrió diversos senderos. Si bien en 1791 con la publicación del primer tomo de su poesía en España, gracias a las relaciones de su amiga la condesa de Paredes. Los comentarios en España y América, generalmente fueron de aceptación y reconocimiento. Allí aparecen poemas denominados mundanos.

Y esto sí que le causó dificultades a la escritora. No solamente recurría a temas que a la sociedad le interesaban sino que en su locutorio recibía a la condesa, que era su apoyo intelectual y político, sino a los distintos visitantes de Europa y América que venían a conocerla y tratarla. El padre Núñez, su confesor, insistió en prohibirle que el tiempo del ocio lo dedicara a la creación literaria. Sor Juana le contesta que no existe ninguna contradicción entre su actividad intelectual y creativa con las obligaciones de monja.

Largo sería tratar las consideraciones de uno y otro. Juana Inés dice que ella prefiere leer y escribir a estar dedicada al mundillo de las murmuraciones, las peleas entre monjas y demás vacuidades. El padre Núñez y los demás señores del poder eclesiástico se unieron para evitar que una mujer y monja se dedicara a la creación literaria y fuera superior a ellos. Los estudios más recientes demuestran que además de esa doble condición Juana Inés era doblemente más instruida y doblemente más inteligente. Cosa que a una sociedad patriarcal dominada por sacerdotes no le era posible aceptar que dentro y fuera de la Nueva España una monja fuera reconocida como superior de todos ellos. Este es el centro de las polémicas que desató su llamada poesía mundana. De esto podremos hablar en otra ocasión.

Para celebrar los 350 años de su nacimiento queremos compartir con nuestros lectores un inolvidable poema.

Soneto

146

Quejánse de la suerte: insinúa su

Aversión a los vicios, y justifica su

Divertimiento a las musas.

En perseguirme, Mundo, ¿Qué interesas?

¿En qué te ofendo, cuando sólo intento

Poner bellezas en mi entendimiento

Y no mi entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros ni riquezas;

Y así, siempre me causa más contento

Poner riquezas en mi pensamiento

Que no mi pensamiento en las riquezas.

Y no estimo mi hermosura que, vencida

Es despojo civil de las edades,

Ni riqueza me agrada fementida.

Teniendo por mejor, en mis verdades,

Consumir vanidades de la vida

Que consumir la vida en vanidades.

El mundo a que se refiere Sor Juana es obviamente la sociedad en la cual vive y que particularmente en él habita un personaje llamado el padre Núñez y demás cómplices, que son los encargados de tejer todo tipo de elucubraciones donde la envidia, el odio y el tráfico de influencias operan a todo vapor.

De hecho, ella no participa de la ostentación, la intriga y menos en las veladas que su sociedad animaba entre los muros palaciegos. Esa belleza a una escritora del talante de Juana Inés no le interesa. Ella sólo busca la belleza en el pensamiento (entendimiento, dice) para que su escritura logre contar y cantar.

En el encuentro con la racionalidad de fines del siglo XVIII es la que había llevado a plantearse estos asuntos. La escritora no busca la vanalidad del mundo, tal ha sido su personal decisión de alejarse de las formas de la ostentación. Ella está preocupada por el saber, por la escritura literaria.

En el segundo cuarteto es precisa a no prestar -dice- ningún interés por los tesoros ni menos las riquezas. Atesorar, era en una vida barroca esencial. El lujo de los palacios (la catedral era un palacio) de las casas de los virreyes, duques y príncipes era una de las formas de ostentar el poder: muebles, porcelanas, candelabros y vestuarios formaban imágenes que combinadas con las formas de la oración, de la cortesía y de la seducción palaciega daban brillo a una sociedad fascinada en la ostentación.

Ante esa sociedad exuberante la poeta prefiere poner riquezas en mi pensamiento, estudiar, entender, comprender y recrear por medio de la palabra sus saberes. Lo contrario, implica, decididamente disponer, el pensamiento en las riquezas. Ella entendió que por medio de la poesía llegaría a obtener un inmenso caudal de riqueza que como ocurre con la poesía verdadera no sólo es un tesoro personal, grato e intransferible en su acto creativo pues consumada la operación poética y editada la obra pasa a ser propiedad de los otros, de los

lectores de su momento y de no sé cuántas épocas por venir, ella lleva 350 años de haber nacido y hoy más que nunca la seguimos leyendo.

El primer terceto redondea su visión: ve la hermosura ya desaparecida como despojo civil de las edades, es decir, como algo pasajero del cual el ser humano necesariamente se desprende, o mejor dicho, el tiempo que ineluctable, con sus dedos de hierro, arranca, despoja de nuestro cuerpo. Y remarca que la riqueza es fermentida dado que no sabe cumplir su palabra.

Para cerrar de manera conclusiva, como lo demanda todo soneto, sostiene en el espacio de sus verdades que prefiere consumir vanidades de la vida/ que consumir la vida en vanidades.

La poeta no ha permitido que su vida la manoseen las coquetas y seductoras vanidades de la sociedad, por ello decide abandonar la parafernalia y refugiarse en el convento y lentamente consumir, ir acabando con los espejismos sociales para sólo vestirse con la inmensa luz de la poesía que franca y amorosamente poseyó.

Tal decisión implicó alejarse, hasta donde le fue posible, de los peregrinos premios sociales, de la beodez de las envidias, de los escandalosos favoritismos y de las proclamas en la voz, de las autoridades culturales de su época.

Desde el punto de vista formal la escritora recurre al retruécano (quiasmo), en la medida en que al repetir expresiones iguales éstas de acuerdo a la redistribución de las palabras, las funciones gramaticales o los significados en forma cruzada y simétrica ofrecen una disponibilidad de sentido gracias a que el cambio del orden de las palabras influye en el sentido. En fin, fue una maestra en el arte de escribir poesía como lo ha demostrado, entre otros Octavio Paz.